

mesnadas hiciera por aquellos cerros, tuvo ocasión de ver a la bella islamita, de cuya belleza quedó prendado.

Zahara—que así se llamaba la hermosa musulmana—corresponde a la noble pasión del cruzado. El peligro y el aislamiento en que vegeta avivan en ella la llama del amor. Y a pesar de los terribles obstáculos que los separan y amenazan, los enamorados consiguen verse, hablarse y hasta escribirse. ¿Cómo? El dulero no lo sabe.

Pero el Príncipe infiel llega a sospechar lo que ocurre y encierra a su hermana en la cuadra más sólida del castillo, de la torre ciclópea, especie de horrible prisión, situada frente al barranco, sobre las rocas inaccesibles.

Mas el amor trata de vencer todos los imposibles, y los enamorados se comunican nuevamente, preparando la fuga.

En una noche apacible en que brilla la luna, coronando los altos bastiones del castillo, una escala de cuerda pende de las murallas y llega hasta el pie de las rocas.

El caballero molinés trepa por ella ágilmente, llega al ventanal de la mazmorra, descansa breves momentos y torna a descender, en peligrosos equilibrios, llevando a su espalda a la mora, que quiere convertirse al cristianismo. Se abraza fuertemente al cuello del cruzado.

La empresa es temeraria; pero no había otra solución más factible. El descenso, difícil, y un horrible precipicio a sus pies.

Cuando aun les faltaban unas 50 brazas para llegar a la base del imponente risco, se produce una escena de horror inenarrable. La escala es cortada allá en lo alto, y los cuerpos enlazados de los infelices enamorados caen al vacío, rebotan en los salientes del granito, hasta estrellarse definitivamente en la sima del barranco.

Un doble alarido de dolor y de espanto, a la vez imprecación y plegaria, cruzó los aires como un relámpago sonoro. Y allá en la cima, en lo más alto de la *torre ciclópea*, se escucharon en la noche una carcajada horrible y una blasfemia siniestra. Era el Príncipe maldito, que contemplaba gozoso su criminal venganza.

Desde entonces es fama en el contorno que las almas del cristiano y la mora habitan en las grutas del barranco de Saceda y que en las noches de borrasca, cuando azota el viento los bastiones mutilados y arranca de cuajo los añosos robles de la hondonada, rasga un triste gemido la tormenta, y aparece en las ruinas un fantasma que ríe sin cesar, con siniestras y escafofrientes carcajadas.

\* \* \*